

Luceros

Antes de llegar la luz eléctrica las casas se alumbraban con candiles de aceite de jinebro y en las calles se utilizaban farolas que los alguaciles se encargaban de cargar con ese aceite por el día y de encenderlas al anochecer.

Fue a finales del siglo XIX cuando la electricidad comenzó a utilizarse de forma industrial para iluminar la ciudad de Nueva York.

La primera central eléctrica en esta zona del Bajo Aragón la montó la compañía Rivera-Bernad Sociedad en Comandita, cuyo principal socio era D. José Rivera Nolivós. Se instaló en los estrechos del río Martín y comenzó a funcionar en 1901. Tenía una potencia de 1000 kW y la tensión era de 250 voltios de corriente alterna. Para disminuir las pérdidas de energía en el transporte, se elevaba la tensión a 10 000 V. El suministro eléctrico llegó a Andorra en el año 1902 y a Alloza en 1905 y también suministraba, entre otros pueblos, a Ariño, Oliete y Ejulve. La red llegaba en los pueblos a lo que llamaban "la central" siendo en realidad otro transformador que pasaba los 10 000 voltios a 125, con los que se alimentaba la red de distribución local. En Andorra se instaló en la casa situada frente a los chorros de la fuente del Lugar, teniendo como representante a Andrés Blasco Izquierdo, que fue el primer lucero de la localidad. Aunque estos profesionales trabajaban con la electricidad, popularmente se les llamaba luceros por ser las lámparas de alumbrado, luces, los elementos con los que más trabajaban.



Línea con postes de madera en Alloza.

Beatriz Ara Comín, Manuel Galve Dolz y Pilar Villarroya Bullido
Fotos: Manuel Galve y archivos de Amelio Macipe y Manuel Gil



Farola de la fuente del Lugar

Inicialmente, el suministro eléctrico se usaba para el alumbrado de las calles, de modo que "daban la luz" desde el atardecer hasta el amanecer, pero con muchas anomalías ya que, según queja del Ayuntamiento de Alloza a la compañía, el alumbrado era de escasa fuerza y deficiente luz, con constantes interrupciones y elevado precio de las bombillas.

Posteriormente, se fue instalando el alumbrado también en los domicilios, todo conectado a la misma red de distribución. Al principio no existían contadores de energía y la compañía instalaba una bombilla de incandescencia de 125 voltios y 15 vatios en la cocina. Otra instalación normal era una bombilla en la cocina y otra en el patio, de modo que podía funcionar una de ellas a "toda luz" o bien las dos simultáneamente "a media luz", cobrando la compañía una cantidad fija por el servicio.

A finales de los años 20 Isidro Abellán y un grupo de labradores montaron una central eléctrica en Andorra porque decían que la electricidad de Rivera-Bernad era mala y muy cara; a esta se abonaron gentes del pueblo, pero no el Ayuntamiento, que siguió fiel a Rivera. La aventura duró tres años y al no poder competir con la bajada de precios que hizo Rivera-Bernad la empresa tuvo que cerrar y volvieron a engancharse a su red.

Debido al aumento de consumo eléctrico la compañía Rivera-Bernad compró una nueva central de 325 kW también en el río Martín, junto al puente colgante, en 1925; y en Andorra, al quedarse pequeña la central por el aumento de los abonados, se pasó a otra mayor en la avenida San Jorge. Por ella estuvieron como encargados y celadores, además del mencionado Andrés Blasco Izquierdo, Antonio Ciércoles, José

Catalán, Pascual Abellán y desde el año 1935 Manuel Gil Oliver. Manuel, como lo muestran sus múltiples anotaciones en las libretas que guarda celosamente su nieta, era muy metódico en el trabajo, anotaba todo lo que sucedía día a día: quién compraba bombillas, quién no pagaba, quién solicitaba un contador, etc. Además controlaba el reloj de la torre de la iglesia, diseñó las tradicionales luces de fiesta (patronales y de Navidad) y realizó planos del pueblo para controlar la ubicación de los puntos de luz.

Para la construcción del pantano de Cueva Foradada, en Oliete, cerca de las obras se encontraba la central



Amelio Macipe con los arneses para subir a los postes de la línea eléctrica.



Manolo Gil con Tomás y otros operarios de la brigada en la puerta de la casa.

“Electra Olietana”, que suministraba la energía necesaria para fuerza y alumbrado y que funcionó hasta 1966.

Cuando se fueron conociendo las ventajas del alumbrado doméstico, se amplió la red de alimentación para disponer de él durante las veinticuatro horas del día y fue entonces cuando se instalaron los contadores en las décadas de 1940 y 1950.

El lucero de más edad que conocemos en la comarca es Amelio Macipe Quílez, nacido en Oliete el año 1934. Su historia y trabajo es semejante a la del resto de los luceros de los pueblos de nuestra comarca como fueron el indicado Manuel Gil en Andorra; Crescencio en Alacón; Saturnino Benito Pequerul “Juanito” en Alloza, que además era fotógrafo; en Ejulve estuvieron Baudilio Millán, al que le siguió su hijo Basilio; en Estercuel, Primo Martín; y en Ariño, Isidro Sánchez y, posteriormente, Pedro Moragriega.

El comienzo de Amelio con la electricidad fue casual. Su padre era amigo del lucero de Oliete Gonzalo Valle, que al pasar a trabajar en las minas de D. Ángel Luengo le dijo que podía enseñar a su hijo para quedarse en su puesto, y así fue como se hizo empleado de la Rivera-Bernard en 1957. Luego trabajó para Máximo Díaz, de Alcañiz, que adquirió la Rivera y allí estuvo 14 años; cuando Eléctricas Reunidas de Zaragoza (ERZ) adquirió la compañía y realizó su reestructuración, pasó a trabajar en Andorra con Miguel Aznar y Gregorio Alquézar hasta su jubilación en 1994. Su hijo Javier ha seguido la profesión y es instalador electricista.

En pueblos más pequeños como Ejulve estaban empleados a media jornada, por lo que se dedicaban a otras faenas como el campo y la ganadería, este es el caso de Baudilio Millán Chillida y su hijo Basilio Millán Millán, que continuó como lucero en Ejulve hasta que ERZ se hizo cargo y pasó a Alcañiz hasta su jubilación en 1984 cuando contaba con 62 años. Su hijo Joaquín también ha sido empleado de ERZ y Endesa en Alcañiz durante su vida laboral.

Los trabajos que habitualmente hacían en los pueblos eran variados: encender el alumbrado público al atardecer y quitarlo al hacerse de día accionando un interruptor manualmente; montar los contadores

y conectarlos a la red, hacer “listas” –lo que consistía en tomar la lectura mensual y pasar a cobrar el importe del suministro–, arreglo de pequeñas averías, revisión periódica de las líneas de alta tensión y las de distribución y en algunos casos, como Manuel Gil, vender pequeño material eléctrico: bombillas, cables, fusibles, aisladores, bases de enchufe, interruptores o portalámparas.

Aun siendo empleados de las compañías, a nivel particular era frecuente que hiciesen las instalaciones de las casas y de alguna pequeña industria. Las averías más habituales eran los cortocircuitos que se producían por la deficiente calidad de los conductores trenzados aislados con algodón, especialmente al coger humedad cuando se blanqueaba la casa.

Para trabajos mayores –como tender una línea, montar un transformador o reparar averías importantes– estaba la brigada, formada por un grupo de trabajadores que se desplazaban hasta la zona de Montalbán y Utrillas y también eran responsables de atender los pueblos que no tenían luceros.

Cuenta Amelio que para el montaje de las líneas se usaba un barrón y una cazoleta con los que se hacía un hoyo en el terreno de un metro de profundidad donde se metía el poste de madera de unos siete metros, impregnado de creosota, en el que se anclaban los aisladores para sujetar los conductores.

Era habitual que durante las tormentas se rompiesen los postes por la base, teniendo que acudir la brigada rápidamente para su reparación anclando en el suelo una zanca de unos dos metros de sabela u hormigón a la que sujetaba nuevamente el poste. Posteriormente se usaron unos postes de madera llamados “alemanes”, más ligeros y resistentes, que se podían transportar entre dos personas, luego se usaron postes de hormigón armado y otros metálicos.

También eran frecuentes las averías debidas a la rotura de los cables a causa de las inclemencias del tiempo o por las aves que se apoyaban en ellos.

La empresa les suministraba la ropa de trabajo, casco y guantes, así como trepadores y cintos para subir y trabajar en los postes, aunque “no siempre utilizábamos los equipos de protección”.

Se tenían ventajas: poder vivir en la vivienda propiedad de ERZ donde se ubicaba el transformador, aunque en ocasiones este estaba en una caseta en las afueras; tener importantes descuentos en el precio de la electricidad y recibir aguinaldo para Navidad. Como contrapartida “estábamos siempre de guardia”, disponibles para solventar cualquier avería; así que, para ir de vacaciones, algún compañero debía hacerse cargo del servicio.

Los contadores se instalaban lo más próximos posible a la red para tender menos cable, así podían estar en el patio o en una habitación, por lo que a veces “nos

encontrábamos con una mujer en la cama y le decíamos: tápate, que vamos a mirar el contador”.

Recuerda Amelio que ya había contadores de doble tarifa por ser la luz diurna más barata que la nocturna, pero había gente, sobre todo los que venían de vacaciones y no tenían contratada la luz, que se enganchaban directamente a la del pueblo.

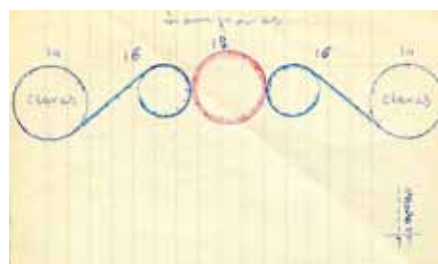
En algunas casas de Oliete contrataban una sola luz, que instalaban en la cocina y podían bajarla por un agujero practicado en el suelo a la planta baja, o bien colocaban otra allí, que accionaban con un mecanismo al que llamaban “la ratera”.

En las libretas de Manuel Gil consta que cuando se jubiló, el 1 de mayo de 1971, su último salario fue de 4300 pesetas y el finiquito ascendió a 9000. Amelio recuerda que cuando empezó a trabajar cobraba unas 800 pts. y cuando se jubiló sobre 30 000 (pero no todos llegaron a jubilarse: Pedro Moragriega murió electrocutado en fatídico accidente). La evolución en todos los casos ha sido tremenda; por ejemplo, los abonados pagaban unas 15 pts. al mes y cuando tenía que ir revisando la línea de Oliete a Alcaine, para no volver andando a casa con todo el calor, bajaba nadando por el pantano. Basilio tenía que supervisar todos los miércoles la línea Molinos-Ejulve. Cosas impensables hoy día.

De la trascendencia que tuvo la luz eléctrica en la vida de nuestros pueblos es clara muestra que cuando en Alloza se anunció la llegada de la luz los vecinos “salieron a esperarla” y cuando vieron cómo alumbraba, Pablo Muñoz exclamó que “aquello era quitar el poder a Dios”.



Recibo de Electro Escuriza (Estercuel).



Adornos de luz para las fiestas (diseño de Manolo Gil).